

La Hora del Sindicalismo Católico

EN EL DESPUNTAR DEL AÑO 1949, quisiera despertar el interés de los católicos venezolanos por un problema de trascendental importancia para el futuro de la patria.

Circunstancias providenciales de todas conocidas nos convidan a esta meditación.

El problema, expuesto con palabras de sinceridad absoluta pudiera formularse así: **La Iglesia Católica en Venezuela ha quedado francamente rezagada en las realizaciones de la doctrina social católica.**

Fenómeno, en algún respecto, desconcertante; y digno de un análisis desapasionado por dos razones fundamentales.

En primer término porque forma un contraste singular con la actitud de la Iglesia en casi todas las naciones del mundo culto occidental en la historia de todo un siglo desde Balmes, Donoso Cortés, Newman y Ketteler... hasta nuestros días. Tras laboriosos ensayos y dolorosas gestaciones han surgido doquiera poderosas organizaciones sociales católicas en Europa y América bajo las consignas de las Encíclicas sociales de León XIII y Pío XI, influyendo decisivamente en la legislación social de las más poderosas y cultas naciones del mundo.

En segundo lugar porque reflejaría un extraño estancamiento de la Iglesia católica en Venezuela, que felizmente no corresponde a otras manifestaciones de la vida católica nacional. Movimientos modernos —en todo caso mucho más modernos que el movimiento social católico— como la Acción Católica, la pre-

ocupación por las misiones entre infieles, la profundización de la vida litúrgica... han tenido ya reflejos concretos, palpables y proporcionalmente considerables en Venezuela.

¿Por qué no puede decirse otro tanto de la Acción Social Católica?

Ya no tiene lugar una respuesta, que resultaba contundente, hace quince años, al finalizar la dictadura de Gómez: En Venezuela no existe ningún género de organización obrera. Hoy existen en Venezuela tres grandes núcleos de obreros sindicalizados. El primero, de carácter marxista autónomo o nacionalista, que controló hasta ayer el partido político Acción Democrática; el segundo, federado, frecuentemente al primero, controlado por los comunistas stalinistas; el tercero, de tendencia anarco-leninista, orientado por un grupo comunista disidente que presiden Salvador de la Plaza, Quintero y Miquelena.

Frente a ellos los ensayos de organización católica son indiscutiblemente insignificantes.

Un paréntesis doloroso.

Es, por lo mismo, sorprendente un hecho histórico, de que daremos pronto más amplia información en estas mismas páginas de SIC. Hace precisamente un siglo la prensa venezolana disertaba calurosamente sobre el problema social. Surgían en Caracas, La Guayra, Puerto Cabello... una serie de agrupaciones, que se han perpetuado en parte hasta hoy con nombres muy varios, pero generalmente con carácter de Asociaciones de Socorro Mutuo. Los de La Guay-

ra están precisamente celebrando su centenario. Al crearse estas asociaciones, con carácter netamente católico, se suscitó en la prensa caraqueña una polémica sobre socialismo, liberalismo y catolicismo, eco, sin duda de la famosa obra del pensador español Donoso Cortés. Consuela revisar hoy en las hemerotecas de Caracas aquellas disertaciones centenarias y la defensa que de la imputación de socialistas hacían los obreros agremiados. Hace un siglo se hablaba de gremios, cajas de ahorro, socialismo y comunismo.

Hay que reconocer que en aquel momento Venezuela vivía el problema social al compás de Europa. Era un arranque de carrera, que de haberse desarrollado normalmente hallaría hoy a Venezuela en plano similar a las organizaciones católico-sociales de Centro Europa. Fruto de aquel esfuerzo inicial son obras como la del Divino Redentor, Industriales del Mercado, Socorro Mutuo de Catia y otras similares de Caracas; la del Padre Marauri, de Petare; la de Auxilio Mutuo y Vínculo de Caridad de La Guayra. ¿A qué atribuir el que estas asociaciones no evolucionaran gradualmente hacia los gremios y sindicatos de nuestros días?

La sangría devastadora de la Federación, las incursiones de los caudillos, las dictaduras oficiales y extraoficiales interrumpieron fatalmente la normal evolución de nuestra cultura. Más concretamente la persecución de los seminarios, centros de formación de los sacerdotes, naturales asesores de tales asociaciones, fueron la causa del estancamiento de nuestros organismos católicos sociales iniciados con auspicios precozmente felices.

Hay que señalar un doloroso paréntesis de cerca de un siglo hasta la muerte del General Gómez, en el ocaso del año 1935.

En el año 36.

La dictadura de Gómez había tratado de erradicar todo conato de organización gremial obrera. El miedo supersticioso al comunismo llegaba a extremos tan pintorescos, como decomisar en correos los libros más conocidos sobre la Doctrina Social Católica; aunque no siempre fuera el miedo al comunismo el que inspiraba tales atropellos, ya que muchos de esos libros aparecieron posteriormente en la biblioteca particular de algún empleado de correos de la era

gomerera.

El año 36 debe señalarse en Venezuela como uno de los instantes cruciales de su historia política y social. Se vivieron días de un intenso anhelo de renovación y rejuvenecimiento. Hay que confesar que en aquel instante el marxismo se encontró preparado para la lucha; la doctrina social católica apenas había preocupado a los sectores católicos más eficaces.

El marxismo estaba preparado. No puede olvidarse en esta sucinta historia un nombre cuyo influjo en los hechos de los últimos decenios es mucho más trascendente de lo que generalmente se cree. La revuelta universitaria del 28 llevó a la cárcel de Puerto Cabello un grupo selecto de jóvenes de la Universidad y el Bachillerato, que estaban destinados a influir poderosamente en los destinos de la patria. La aureola de la persecución duplicó su valor. Juntamente con ellos entraba en el Castillo Pío Tamayo, ya maduro en la doctrina y técnica marxistas por su vida en universidades del Exterior. Pío Tamayo es el hombre que ha dado un giro concreto a la vida política y social de Venezuela desde la muerte de Gómez hasta nuestros días. Él fue quien hizo leer, meditar y sentir la literatura comunista a la generación del 28 en la propia cárcel. El virus no inyectó a todos en la misma medida. Los más contagiados, al salir al exilio, tuvieron oportunidad de poner en práctica en las naciones que los hospedaron la doctrina y la técnica de propaganda del comunismo. Es ejemplo clásico y de todos conocidos el de Rómulo Betancourt en Costa Rica. En cambio lo más selecto de la juventud nacionalista y católica que se formó en años inmediatos en la Universidad Central tenía por mentor a Caracciolo Parra León; y este gigante de nuestras letras, por mil conceptos merecedor de nuestra más sincera admiración, no pudo abarcar el campo social católico, como lo pudimos comprobar personalmente, con intensa pena, en conversaciones privadas del año 1937.

Nacieron el año 36 los primeros sindicatos marxistas. Arrastraron, como en otros muchos países, grandes sectores de obreros en realidad católicos. Ni en el momento de la expulsión de los líderes comunistas por López Contreras, ni en los años sucesivos se encontró el equipo de organizadores católicos, capaces de contrarrestar el avance marxista para el que la oposición gubernamental no

fué sino una excelente arma de lucha. Es cierto que surgían ya los primeros intelectuales con clara visión de la doctrina social católica y su voz fué escuchándose en los círculos de estudios, en los púlpitos, en las revistas y las aulas universitarias; R. Caldera, en la Subdirección de Trabajo, en su obra *Derecho del Trabajo* y en la Universidad; Alfonso Mejía, en el Ministerio del Interior; Héctor Cuenca en la Universidad; Francisco Alfonzo Ravard con su obra *"La Cuestión Social"*, Manuel Cardozo..., La Religión, la Revista SIC. Surgía una literatura, un convencimiento y un propósito. De los intelectuales pasan siempre las ideas a los líderes, que son el altavoz de los intelectuales, y a los hombres de acción. Pero cuando el año 45 podía comenzar a cosecharse el fruto de esta siembra, el marxismo, consolidado por las coqueterías demagógicas del régimen de entonces — ¡nunca podremos olvidar el atropello por el que aquel régimen de ingenuidades trágicas negó la creación de una cooperativa de vivienda patrocinada por la Parroquia de San Juan porque se llamaba católica! — el marxismo con nombre de Acción Democrática recibía el regalo del poder. Desde el poder trató de aniquilar todo movimiento obrero, que no fuera el suyo. Pero, digámoslo sinceramente, des- de el poder hacía — cuando menos lo pensaba — la obra más demoleadora de su propio movimiento.

La política envenenó toda la vida nacional y aniquiló también los sindicatos. Muy pronto fueron seccionales partidistas, antes que organismos de defensa profesional. La masa de los trescientos mil obreros sindicados, de que hablaba el partido en un sueño faraónico de perpetuidad en el poder, era un auténtico elefante blanco. A pesar de contar con un parque modernísimo, los trescientos mil valientes se redujeron escasamente a tres. Y las masas sindicadas sufren hoy uno de sus más sinceros y desconcertantes desengaños.

El marxismo cuenta todavía en Venezuela con los líderes comunistas, de dos tendencias, en plena actividad. Es posible que los adeístas traten ahora de cobijarse en las filas de U. R. D. Pero creemos que ha sonado también la hora de la organización social católica.

La responsabilidad de la hora providencial.

Ya no es el caso del año 36. Existe

un grupo intelectual considerable que conoce y defiende la doctrina social católica. Existe una red intensa de jóvenes sacerdotes en multitud de parroquias de toda Venezuela que ha leído, meditado y soñado en realizar las consignas de las Encíclicas sociales. Existen en los Andes, Caracas y Margarita organizaciones incipientes con capacidad de inmediata solidificación a poco que secunden la voz de aliento de la Jerarquía y no sufran la persecución de los marxistas emboscados en el tren ejecutivo.

Todo el que sienta la gravedad del momento, la eficacia de la solución católica del problema social, debe cooperar a la creación de sindicatos católicos, ligas campesinas, cooperativas, cajas de ahorro... Los obreros desengañados de que sus ídolos de ayer no hicieron de ellos sino un juguete político tienen el alma y el entendimiento más abiertos para una empresa de organización social católica.

La ilusión más fatal del momento sería creer que todo se ha solucionado con un golpe de estado. Es más bien la hora de trabajar y los católicos merecerían un castigo de Dios por el mal uso de sus talentos, si no dan la batalla en los campos de acción fundamentales, en los que la labor del marxismo ha sido ciertamente eficaz: la educación y la organización obrera.

El ejemplo de Colombia.

Hace cinco años apenas era más halagüeña que la nuestra la situación de las organizaciones sociales de la hermana República de Colombia. Pero afortunadamente se hizo una llamada vigorosa a la atención del público católico. La Jerarquía unificó la acción, poniendo a su frente como coordinador al Profesor de la Universidad Javeriana, Padre Vicente Andrade S. J.; los propios capitalistas católicos, entre ellos el actual Presidente de Colombia, Mariano Ospina Pérez contribuyeron generosamente; se inició una labor de fondo con la formación de líderes obreros. Hoy cuenta Colombia con una considerable falange de 130.000 obreros católicos federados. Ya conocen nuestros lectores los 200.000 obreros católicos circuilistas del Padre Brentano en el Brasil.

¿Qué motivo puede haber para pensar que Venezuela no puede poner en marcha en esta hora providencial lo que fué posible en Colombia y el Brasil?

M. Aguirre Elorriaga, S. J.